

Salud y Luz Candelaria

¿Qué es lo que esconde el Señor de la Salud de la Candelaria tras su humilde rostro?

Nos llama, nos susurra, nos colma de salud, nos mira y reza por nosotros. Nuestro Padre Jesús de la Salud, con una talla comedida y una túnica adherida a un cuerpo divino que tiene el tacto de la piel más humana.

Una mirada baja, caída, humillada, ante el peso de una Cruz que es soportada por un hombro fuerte, macizo; al igual que tu bendito madero roza las falanges de dos manos que abarrotan de Fe a la Sevilla que advoca la Salud del Señor de San Nicolás.

¿Qué escondes, Padre, entre las firmes arrugas del hábito barroco que te arropa? La policromía de tu talla se hace poesía, la Cruz a cuestas se hace menos pesada cuando caminas por Sevilla, entre callejones estrechos, sobre una canastilla dorada que abre las puertas de los corazones de una ciudad que espera tu Salud.

¿Qué tienen tus mejillas, tu boca entreabierta que suspira y espera el cumplimiento de una condena, el goteo de la sangre de Cristo que baja, lentamente, por tu sagrado rostro? ¿Qué tiene el ceño que se frunce entre dos párpados que son guías del sentir candelario?

*¡Quién fuera tu Cirineo, mi Señor de la Salud, para sujetar el peso de tu Santa Cruz!
¡Quién fuera la luz que permanece sobre tu semblante, que puede rozar los rasgos de Dios!*

¡Bendito privilegio el de tu Arcángel Cirineo, situado tras de Ti, cargando la Cruz que atestigua el Viacrucis de Fe de cada Martes Santo en Sevilla!

Desde las raíces familiares, desde el cielo azul que refleja en sus nubes las blancas túnicas de los nazarenos de la Candelaria.

Los cirios de cera lechosa se levantan al mismo compás, colocándose al cuadril, mientras los celadores andan entre las hileras de nazarenos con una digna y decorosa compostura.

El oro se funde con un tapiz de claveles rojos que llevan la Salud del Señor. La noche llega, la luz candelaria arraiga en las almas de los presentes, con unos sones de cornetas y tambores que anticipan las tres caídas de Cristo hacia el Monte Calvario.

Los pasos largos, elegantes, medidos hacen que los casquillos dorados de la Cruz del Señor se pierdan entre la oscuridad de las calles de Sevilla, mostrando que la verdadera luz de Dios reside en nuestros corazones al encontrarnos con los ojos misericordiosos, generosos y clementes del Nazareno de la Salud.

¿Y la alegría en los andares de María Santísima de la Candelaria, guapa y fina, en su palio de terciopelo verdoso con hilo de plata?

Siguiendo la estela de su Hijo, con unos campanilleros que estallan y resuenan desde los Jardines de Murillo hasta la Puerta de la Carne, con una danza de bambalinas y varaes, entre nubes de incienso y el aroma del azahar que brota lleno de fuerza.

Candelaria, Luz de Vida.

Pablo Espada Pérez